

miento, tanto más pronto se amortiza esa deuda que tengo con Dios.

»Y cuando haya muerto, veré allá arriba, cerca de Dios, todas esas *palabras* de mi oración, brillantes como perlas y formando una corona inmortal.

»Cada *palabra* de mi oración, *pronunciada lenta y devotamente*, es como un tejido misterioso que, sin saber cómo, remienda lo que yo había roto en el día anterior, *junta* las horas que yo había separado, perdiendo culpablemente el tiempo; *une* otra vez dos corazones que yo había desunido con una palabra imprudente.

»Cada *palabra* de mi oración, *pronunciada lenta y devotamente*, es un grito de amor, de esperanza, de gozo, de angustia, que dirijo al cielo, y estoy bien seguro de que á este grito ha de responder otro: el de vuestro amor, ¡oh Dios mío!

»Vosotros los que no podéis oír, sin que vuestro corazón se conmueva, el grito de un niño que, asustado ó enfermo, exclama: ¡*Madre mía!*!, ¿no comprendéis algo de lo que debe pasar en el corazón de *vuestro Padre celestial* cuando un alma angustiada ó amante le dice: ¡Dios mío!» (*Pajitas de Oro.*)

5.^a *La oración nos hace felices.* Aquí vendría dejar la palabra á los santos. ¡Cuán tiernas y deliciosas páginas han escrito sobre la inefable felicidad que sentían en las relaciones íntimas que la oración establece entre Dios y el alma! Es el trato y comunicación del hijo con su madre; de un amigo pobre, pero afec-

tuoso y agradecido, con un amigo rico y poderoso que le colma de gracias; éste no se cansa nunca de dar, ni aquél de agradecer. Es la unión de las almas la más íntima, la más fuerte, la más fecunda en delicias. Es el olvido de la tierra, el olvido del cuerpo, el olvido del dolor, el olvido de todo lo humano. ¡Es la vista de Dios, el sentimiento de Dios, la paz de Dios, el gozo de Dios!

No queremos insistir: la felicidad de la oración *se indica* pero no se describe: la sienten las almas que han llegado, como dice un santo, *á transformarse en oración, á ser una oración!* ¡Felices almas! No son raras en el claustro; pero ¡por cuántas pruebas han tenido que pasar para llegar ahí!

CAPÍTULO SÉPTIMO

PRINCIPALES FORMAS DE LA ORACIÓN

No siendo nuestro propósito escribir *un libro de piedad*, no podemos hablar de todas las diversas fórmulas que para hacer oración emplean los fieles en general ó las religiosas en particular. Vamos á indicar tan sólo:

I

La santa Misa.

Es la oración de las oraciones, el sol de los ejercicios espirituales, como la llaman los santos.

El *santuario* en que se celebra la santa Misa es *el lugar adonde se citan* todas las almas que quieren dirigir á Dios una alabanza, una acción de gracias, una súplica, una instancia de indulto.

El *altar* es el lugar en donde los ángeles ponen estas peticiones, recomendaciones y alabanzas; mientras se celebra la santa Misa viene Jesús en aquel momento solemne, toma cada uno de esos memoriales, los firma con su sangre y los presenta á su Padre.

Poder asistir á la santa Misa es una de las mayores felicidades de la vida.

Allí *ora Jesús*; se humilla ante su Padre y le adora; y nosotros, uniéndonos á esa humillación y adoración, damos más gloria á Dios de la que recibe en el cielo con las adoraciones de todos los ángeles y santos juntos; porque, después de todo, son simples criaturas, y, por consiguiente, sus homenajes son finitos y limitados, mientras que en la santa Misa es Jesucristo el que se anonada; Jesucristo, cuyas humillaciones son de un mérito infinito. ¡Oh! Por más pobre y miserable que yo sea, tengo la seguridad de que *durante la Misa* contribuyo á la gloria de Dios.

Allí *ora Jesús*, y su oración aplaca la justicia de Dios, irritada por nuestros pecados; y nosotros, unidos á esta expiación, con una sola Misa damos á Dios más satisfacción que le han dado todos los mártires con su sangre y todos los penitentes con sus austeridades. Después de haber oído una Misa con devoción podemos ir á pedir la absolución al sacerdote

sin temor alguno, pues la Misa nos ha preparado para recibir el perdón.

La Misa nos justifica, no como el bautismo y la absolución sacramental, que producen inmediatamente la gracia en los pecadores bien dispuestos, sino obteniéndonos las gracias actuales que nos preparan para emplear santamente los medios de reconciliación que nos ha granjeado la misericordia del Señor. Por eso decía una persona horrorizada de sus culpas: *¡Dios mío, tened paciencia hasta mañana; después de oír Misa ya no temeré que vuestra justicia me hiera!*

Allí *ora Jesús*, y su oración da gracias á Dios por todos los beneficios que ha hecho al mundo; y nosotros, unidos á esa acción de gracias, tenemos la dicha de poder presentar á Dios una ofrenda infinitamente superior á todo lo que El nos ha dado y á todo lo que puede todavía darnos. Después de haber oído bien una Misa, el alma puede decir: *¡Estoy en paz con Dios!* Y sale contenta porque ha podido mostrarse agradecida; mas como espera recibir nuevos beneficios y los recibe á cada momento, aspira á dar gracias á Dios todos los días, asistiendo al santo sacrificio de la Misa.

Allí *ora Jesús*, y su oración es *atendida siempre*. Jesús recomienda nuestros intereses á su Padre y se constituye abogado nuestro; de manera que no tenemos más que unirnos á El, exponerle con humildad, sumisión y confianza todos nuestros deseos, por muy grandes que sean, y..... esperar en paz. ¡Ah! Si supiéramos que la Santísima Virgen une sus ruegos con

los nuestros, ¿no es verdad que estaríamos completamente tranquilos, en la seguridad de que nuestras súplicas serán atendidas en el momento que nos convenga para el bien de nuestra alma? Pues durante la santa Misa no es María sola la que pide é intercede, sino Jesús. La oración que hacemos durante la Misa ya no es una oración puramente humana; es una oración divina, porque está penetrada de la santidad de Jesús, Hijo de Dios.

«¡Oh bienaventurada Misa!—exclama san Leonardo de Porto-Mauricio.—¡Oh bienaventurada Misa, fuente de todos los bienes! ¡Cómo no tener vivas ansias de asistir todos los días á este divino sacrificio!»

«Cuando no sé cómo consolar á las almas affigidas—decía un sacerdote,—les digo: *Id á Misa.*»

II

El Vía Crucis.

Es la oración más rica en indulgencias, y la que más al vivo nos representa todo el amor y todo el dolor del corazón de Jesús.

El *Vía Crucis* es la devoción que más consuela, la que más ayuda á sufrir el olvido, la injusticia, el desamparo, y por eso, sin duda, es la predilecta de las almas atribuladas y de los corazones lacerados.

El *Vía Crucis* es la devoción más eficaz para reducir los pecadores á la virtud; para reanimar y enfervorizar á las almas tibias;

para santificar más y más á los perfectos. De las llagas de Cristo sale siempre una virtud que se derrama sobre los que se acercan á ellas con devoción. «Basta la práctica del *Vía Crucis*—dice San Leonardo de Porto-Mauricio,—para santificar una parroquia ó una comunidad.»

El *Vía Crucis* es también una representación de nuestra vida. Todos subimos á un calvario más ó menos elevado: en la primera estación nos condenan á muerte, y en la última nos ponen en el sepulcro. Entre estos dos términos, ¡cuántas pruebas, cuántas luchas, cuántos padecimientos y, desgraciadamente, cuántas caídas! Tales son las estaciones intermedias de nuestro viaje. Las de nuestro Salvador nos enseñan cómo nos hemos de portar en las nuestras, es decir, cómo debemos *sufrir, obedecer, levantarnos, callar*. Su silencio nos habla, sus dolores nos enternecen, su paciencia nos calma, su caridad nos arrastra. La religiosa hallará si quiere, en cada estación, lecciones y consuelos para todas las circunstancias y trances de la vida. ¡Felices las almas que hacen con fervor el *Vía Crucis*!

III

El Rosario.

Esta devoción es una serie de actos de alabanza, de confianza, de amor, de gritos de clemencia, dirigidos á María, á esa gloriosa Madre de Dios, y también Madre nuestra, á quien Dios ha constituido refugio de los pecadores,

protectora especial de los religiosos y abogada de la buena muerte.

El *Rosario* es, entre todas las devociones, la que más aman las religiosas; por instinto divino comprenden que esa oración tan fácil de rezar en todo tiempo, lugar y circunstancias, que se puede abreviar, interrumpir, y está siempre á su alcance para llenar los momentos que quedan al dejar un trabajo para tomar otro, al tiempo que van de una parte á otra, es su salvaguardia, su refugio, su felicidad. Por eso no hay ninguna religiosa que deje de rezar todos los días *una parte de Rosario*, y hay muchas que rezan el *Rosario entero*.

El *Rosario*, por su forma material, recuerda *la cadena invisible* que nos une á María, y por María á Jesús; la religiosa lo lleva siempre exteriormente; quiere verlo y que todo el mundo lo vea y sepa que está consagrada á María.

No tenemos que inculcar á la religiosa la devoción del *Rosario*: es, como acabamos de decir, su devoción favorita: el *Rosario* y el *crucifijo* son las preseas de que nunca, ni por un momento, se desprende: quiere tenerlos consigo de día y de noche: quiere tenerlos en su lecho mortuario: quiere llevarlos consigo al sepulcro.

IV

Las visitas al Santísimo Sacramento.

No hay necesidad de recomendar á las religiosas *la visita al Santísimo Sacramento*.

¿No le deben á Jesús esta visita cotidiana, á Jesús, que es *todo* para ellas: su *esposo*, su *padre*, su *hermano*, su *amigo*, su *defensor*?

¿A quién irían á contar sus penas, sus tribulaciones, las dudas y escrúpulos que inquietan su conciencia, los apuros que tienen en su empleo, los temores que turban la paz de su alma?..... ¿A quién irán si no van á Jesús? ¿Quién como El puede consolarlas, aconsejarlas, iluminarlas, dirigir las y fortalecerlas?

I. El Santísimo Sacramento es para todos los fieles en general, y para las religiosas en particular, la fuente de todos los bienes, de todos los consuelos, de todas las esperanzas.

El Santísimo Sacramento es Jesús viviendo con nosotros y por nosotros; Jesucristo, tan poderoso, tan bueno, tan misericordioso como en los días de su vida mortal.

No tuvieron más que nosotros ni la Santísima Virgen, ni los Apóstoles. Pidamos á María que nos haga *almas eucarísticas*, como lo ha hecho con algunas almas privilegiadas. Cuando estamos, decía una de ellas, cerca de Jesús en persona; de Jesús, á quien todo se le puede decir y todo se le puede pedir, la virtud, los actos más difíciles y los sacrificios más penosos dejan de serlo. Jesús es para el corazón un amigo que lo comparte todo; para el alma un esposo que se encarga de todo. Es Dios vivo, presente, que lo hace todo por nosotros.

Vamos á copiar la siguiente oración de santo Tomás de Aquino, que rebosa de energía y unción:

«¡Oh Jesús, que tanto me amáis, y estáis aquí

verdadera mente Dios escondido, yo os imploro!

»¡Haced que vuestra voluntad sea mi voluntad, mi delicia y mi amor! Hacedme la gracia de buscarla, de hallarla y cumplirla. Mostradme vuestros caminos é indicadme vuestros senderos. Sé que tenéis designios sobre mí; decidme los, Señor, y dadme la gracia de seguirlos hasta conseguir la salvación de mi alma. Haced que, siendo indiferente para todo lo que pasa, y no queriendo ver más que á Vos, ame todo lo vuestro, pero á Vos sobre todo, Dios mío, á Vos sobre todo. Haced que me sea amargo todo goce que no me venga de Vos, imposible todo deseo que dé Vos me aparte, delicioso el trabajo que por Vos haga, é insoportable todo repòso que no sea en Vos. Levante sin cesar mi alma su vuelo hacia Vos, y sea mi vida entera un continuado acto de amor. Hacedme comprender muy bien que las obras que no os honran son obras muertas. Sea mi devoción no un hábito, sino un continuo arranque del corazón.

»¡Oh Jesús, mi delicia y mi vida! Haced que no haya afectación en mi humildad, disipación en mis alegrías, tristeza en mi abatimiento, desabrimiento en mi austeridad.

»Concededme la gracia de hablar sin rodeos, de temer sin desesperación, de esperar sin presunción; que sea puro y limpio, que reprenda sin cólera, ame sin fingimiento, edifique sin ostentación, obedezca sin réplica y sufra sin murmurar.

»Bondad suprema, ¡oh Jesús!, os pido un corazón tan enamorado de Vos que no pueda

distraerlo ningún espectáculo ni bullicio mundano; un corazón fiel y firme que no vacile ni jamás se rebaje; un corazón valeroso é invencible, siempre dispuesto á luchar aun cuando le venga una tormenta tras otra; un corazón libre, jamás seducido ni esclavo; un corazón recto, que no ande nunca por senderos tortuosos.

»¡Y mi espíritu, Señor, mi espíritu! Haced que sea impotente para desconocer, ardiente para buscaros, y que sepa hallaros á Vos, suprema Sabiduría! Que su conversación y trato no os desagraden, que tranquilo y confiado espere vuestras respuestas y que descansa en vuestra palabra.

»¡Ojalá que la penitencia me haga sentir las espinas de vuestra corona! ¡Ojalá que vuestra gracia derrame sus dones sobre el camino de mi destierro, y que pueda por fin embriagarme con los celestiales gozos de la gloria eterna! Así sea.»

II. El Santísimo Sacramento nos da á conocer con más viveza el amor *del sagrado corazón de Jesús*, y la influencia que esta devoción puede tener en la vida de una religiosa.

En presencia de Jesús se conoce todo el valor de las magníficas promesas en favor de las almas que se consagran á ese corazón sagrado. *Promesas durante la vida* que aseguran las gracias necesarias para el buen éxito de la grande empresa de nuestra salvación y aun para el logro de las empresas terrenas; gracias de paz, de gozo, de fuerza y de consuelo; gracias de contrición y de perdón para los pecado-

res; gracias de perfección y perseverancia para las almas piadosas.

Promesas en la hora de la muerte. Expresamente las formuló Jesucristo al hablar de las almas devotas de su sagrado corazón: *Seré su refugio seguro, particularmente en la hora de la muerte.*

Refugio contra el demonio, que hace un esfuerzo supremo para arrebatarse el alma y perderla por toda la eternidad; refugio contra las congojas y aprensiones de la muerte, que nos impedirían hacer á Dios el sacrificio tan meritorio de la vida; refugio contra los rigores del juicio de Dios.

Promesas para después de la muerte. Aseguran el cielo. «*Las personas que practiquen y propaguen esta devoción—dijo también Jesucristo á la Bienaventurada Margarita María—tendrán su nombre escrito en mi corazón, y nunca jamás se borrarán.*»

No os retiréis, pues, nunca del altar en donde está Jesucristo, sin haber adorado, alabado y amado al *Sagrado Corazón* de nuestro adorable Salvador.

V

Oraaciones á san José.

La devoción á san José va siempre en pos de la devoción á la Santísima Virgen, así como ésta es inseparable de la devoción á Jesucristo.

I. Toda religiosa tiene afecto particular de

confianza en san José: piensa, y con mucha razón, que el protector de Jesús y María, el que con tanta solicitud proveyó á todas las necesidades de la Sagrada Familia, también la protegerá á ella y proveerá á todas sus necesidades. Una casa religiosa, ¿no es una *sagrada familia*?

La imagen del santo anciano se presenta con rostro tan paternal, tan bondadoso y afable á los ojos de la religiosa, que ésta acude á él como á un padre venerado, y á él le pide cuanto necesita aun para lo temporal.

Encomendaos, pues, á ese padre nutricio de Jesús, á ese custodio solícito y generoso de la Santísima Virgen. La más preciosa ventaja de la devoción á san José, dice santo Tomás, es inspirarnos más amor á Jesús y á María. Ninguno los ha amado tanto como él; ninguno desea con más ardor ver todos los corazones sometidos á su imperio. Cuando una alma se consagra á él, la encamina á Jesús y María, y le inspira los sentimientos de que él mismo está penetrado.

II. Pasemos ahora á tratar en particular de la *meditación, del oficio divino, de la sagrada comunión.*

ARTÍCULO PRIMERO

La meditación.

Vamos á exponer:

- 1.º *La naturaleza de la meditación.*
- 2.º *La necesidad de la meditación.*
- 3.º *Los efectos de la meditación.*
- 4.º *El método de la meditación.*
- 5.º *Una nota sobre los estados de oración.*